



UNA OBRA

# *Gigantesca*

CONVERTIDA EN TÁBULA RASA

**WILFRIED F. SCHOELLER**  
**TRADUCCIÓN DE JOSÉ ANTONIO SALINAS**

Cuando Günter Grass escribió a finales de los años sesenta sobre su maestro Alfred Döblin, su admiración se dirigía a un desconocido. Desde entonces ha cambiado mucho. Casi todo se ha reimpresso, germanistas en todo el mundo se inclinan sobre la obra de Döblin, la comunidad está organizada en una sociedad literaria apta para funcionar, el enorme legado se encuentra estupendamente organizado en el Archivo Alemán de Literatura en Marbach y es accesible al público. Sin embargo, sólo pocos están familiarizados con su obra. El hombre es aún capaz de dar sorpresas.

**E**ste monumental ser-escritura regía sobre el Yo y el Él, sobre la primera y tercera persona, dominaba una cantidad ingente de temas, era narrador, inventor también de obras teatrales raramente escenificadas, de guiones de cine y piezas radiofónicas, descripciones de viaje, conversaciones sobre religión, tratados de sabiduría y una filosofía de la música. Sin olvidar que Alfred Döblin era además un apasionado berlinés. Con él, el “tragamillas de papel y bebedor de litros de tinta”, como él mismo ironizó, uno no está seguro de no ser sorprendido. Proteo Döblin es uno de los clásicos modernos más voluminosos, y a través del trabajo interpretativo de las tropas de germanistas tampoco se ha vuelto más conocido.

¿Quién podría tener una visión de conjunto de los aproximadamente cuarenta volúmenes que por separado retozan en el mercado? Las editoriales Patmos y dtv prometen una “nueva”, “crítica” edición de Döblin a cargo de la editora Christina Althen. Hasta ahora ha editado dos libros de cuentos, así como un volumen con declaraciones del propio autor sobre su vida y su obra. Ahora sigue, por el quincuagésimo aniversario luctuoso del 26 de junio de 2007, una nueva edición de la novela china de Döblin *Die drei Sprünge des Wang-lun* [Los tres saltos de Wang-lun].

#### **PRESO EN NUMEROSAS PARADOJAS VITALES**

Döblin fue un titán que atravesó grandes espacios: la técnica moderna y la China del siglo XVIII, la Amazonia con los indios y los jesuitas del Paraná (en cuatro tomos) y varios siglos de futuro, la Guerra de los Treinta Años, la Revolución de 1918 (en cuatro tomos) y la odisea de un dios derrocado. Entre otros. En él se acumulan las forzadas paradojas vitales. Solamente quería vivir y sentirse en casa en Berlín, sobre la que escribió su más conocida novela, *Berlin Alexanderplatz*, y tuvo que huir de los nazis hacia Francia y los Estados Unidos. En 1945 regresa a Alemania —siendo uno de los primeros en volver— con la intención de ayudar y fue evitado como exiliado. Pendía de miles de hilos del Yo y lo vio dinamitado a través de la colectividad. Durante toda su vida estuvo en búsqueda del verdadero dios y agotó casi para cada una de sus novelas una filosofía. Finalmente se declaró al cristianismo y sin embargo no vio nada consolador en el horizonte.

Nacido “provisionalmente” en 1878 en Stettin, Döblin vivió en su juventud tres traumas: la orfandad

paterna, la pobreza y la escuela prusiana. Alfred Döblin contaba con diez años, cuando su padre se escapa a América con una muy joven sastra y arruina con ello a la familia. Mudados al Berlín oriental, la madre llevó con sus cinco hijos una existencia mendicante que dependía de la misericordia de los parientes. Cuando a los 22 años por fin acabó el bachillerato, Döblin escupió al piso de la escuela; aún mucho tiempo después quería explícitamente dejar constancia de ello. El bachiller ya tenía una novela en el bolsillo; la envió con seudónimo —por pudor— al crítico Fritz Mauthner, y no recibió el manuscrito de regreso en la oficina de Correos porque no tenía una credencial con el nombre adoptado. Escribió nuevamente el texto. Esa fue la primera muestra de su increíble impulsividad y dinámica literaria.

En 1905 obtuvo el título de Doctor en Medicina con un (profesionalmente miserable, pero literariamente revelador) trabajo sobre trastornos de la memoria. Después entró al servicio en el manicomio. De los antecedentes clínicos de los esquizofrénicos extrajo alguna plusvalía: en sus cuentos publicados desde 1908 se experimenta el desmoronamiento de la percepción, la desintegración del sujeto, el Yo hecho añicos.

En 1911 el doctor Döblin había abierto un consultorio como internista y neurólogo. Una historia de amor con la enfermera Frieda Kunke, a quien le dio un hijo, se frustró tras las protestas de la familia: por lo visto, esa novia no era bienvenida por no ser judía. En 1912 se casó con la estudiante de medicina Erna Reiss: era judía y de familia adinerada.

#### **SE TRATA DEL RENACIMIENTO DE LA NOVELA**

Döblin celebró el futurismo italiano, que por su parte alababa la técnica y al que Herwarth Walden le dio espacio para sus manifiestos en su revista *Der Sturm* [La tempestad]. Poco tiempo después se distanció de Marinetti, proclamó su “döblinismo”. Se interesaba por el estilo cinematográfico y el fanatismo del desprendimiento de sí mismo, por el renacimiento de la novela. Básicamente, durante toda su vida Alfred Döblin hizo renacer a la novela y la salvó de la crisis diagnosticada por los críticos: del asimiento del psicoanálisis, de las reivindicaciones políticas que pretendían hacer de ella un instrumento para el mejoramiento del mundo, de las pretensiones educativas, de la dependencia del entorno, de la parálisis de la ironía burguesa, de las últimas reservas de la historia de la educación.

La prueba de la fantasía cinematográfica, del filme de palabras épico fue la novela *Los tres saltos de Wang-lun*, un programa del entusiasmo: a la modernidad expresionista, al ritmo de la calle, al destino anónimo. Se devoró un montón de libros sobre China, ordenó los escombros de pormenores, y se introdujo imaginariamente en la lejanía exótica del siglo XVIII. A este mundo chino envió un rebelde para que lo atravesara: Wang-lun, sublevado en nombre del pacifismo. Este primer voluminoso libro de Döblin es un canto poderoso de la insurrección y la entrega.

En los años veinte Döblin se sumergió en la mística de la naturaleza, se posicionó como burlón y polemista genial bajo el pseudónimo “Linke Poot”, optó políticamente durante algún tiempo (al menos en 1918) por el “rojo vivo hasta el ultravioleta”, se ocupó en un poema épico de la mitología hindú, se trasladó a un futuro que se adelantaba hasta el siglo XXVII. En esta energética confusión, que se mofa de una carrera literaria ordenada, aparecía él mismo casi solamente como la mano que toma nota.

Cuarenta años más tarde confesará que él no escribió sus novelas, sino más bien éstas a él. En cierto modo, los libros se escribían a sí mismos. Se presentaron con la técnica del montaje, de la cita, del destrozamiento de la oración, la onomatopeya del barullo de la vida cotidiana y el murmullo de los mitos, revelaban un avanzado sentido de la construcción, y sin embargo parecían nacidos de una embriaguez y desmoronamiento lingüístico, de una fantasía instintiva y un raudal de imágenes obsesivas. La creación de sí mismo en el acto de la escritura, para escapar de los dolores por la ausencia paterna, de la pobreza, del hostigado judaísmo, de la presión burguesa, era más triunfal que la de Thomas Mann, en todo caso más eruptiva, violenta, el continuo experimento de una rebelión de la imaginación. A la historia de Döblin pertenece el haber sido propuesto por Herbert Jhering en 1929 para el Premio Nobel, galardón que finalmente fue recibido por su antípoda Thomas Mann.

#### **UN BUEN BIÓGRAFO TENDRÍA QUE SER TAMBIÉN NOVELISTA**

Cuando en 1920 apareció el *Wallenstein* en dos tomos, la obra escrita de Döblin hasta esa fecha hubiera bastado para asegurarle un lugar en la historia de la literatura alemana. En cambio, el conocimiento sobre

la historia de su vida hubiera sido escaso, y eso cambió poco con el transcurso del tiempo. La mayoría de los biógrafos describen su vida de paso, en el trayecto a la introducción de su obra. Ningún biógrafo ha reunido los dramas de su existencia y los ha hecho legibles. Su madre sufrió de Parkinson durante diez años; él mismo morirá de esta enfermedad. La única hermana fue muerta por un oficial de artillería durante un enfrentamiento callejero. El hermano mayor, el más energético, se suicidó. Miembros de su familia fueron aniquilados en Auschwitz.

Tales catástrofes que afectaron a Döblin, de las que sin embargo no hizo mucho ruido, poco se abordan en la nueva biografía de Oliver Bernhardt. El libro del docente de Heidelberg está fiablemente estructurado por estaciones de vida y ordena los hechos conforme fueron sucediendo, pero no muestra una ambición más allá de eso. Un biógrafo apasionado, por el contrario, hubiera tenido que enlazar varias novelas de vida una con otra; tendría que brincar de ida y vuelta entre literatura y vida; tendría que tener presente a un hombre que estuvo eternamente sublevado, que con miles de hilos estuvo atado a su siglo; tendría que permitirse tomar el rol de un novelista. Simplemente el caso de Döblin es distinto al de su antípoda Thomas Mann, que estaba dotado para el rol representativo y al que cualquier deslucimiento suponía una amenaza a la altura de su existencia; también es diferente al de Brecht, quien habló de “intentos” cuando se modeló a sí mismo como clásico.

Döblin sorprendió notoriamente a su público con nuevos enfoques —y con ello también le exigió demasiado. Por un lado se presentó como ateo socarrón; por otro, era y permaneció como un buscador de Dios y experimentador de religiones. Durante toda su vida fue creyente, sólo que cambió de religión con cada novela: Nietzsche y Schopenhauer, el progreso, la modernidad y la técnica, el taoísmo, el socialismo, la mística de la naturaleza, una pequeña excursión al judaísmo y el catolicismo, forman parte de ella.

#### **BERLIN ALEXANDERPLATZ: EL ÉXITO GENIAL**

Y luego, en 1929, su extraordinaria obra, la “novela de la metrópolis” *Berlin Alexanderplatz. La historia de Franz Biberkopf*. Uno, que ha golpeado y es golpeado, viene de la penitenciaría con el propósito de “ser honesto”. El transportista Franz Biberkopf no lo logrará, pues, así dice en la novela: “Maldito es el hombre que se confía

de los hombres”. Su lugar de combate es la metrópolis de Berlín con sus ruidos y olores, su maraña de gente, sus calles, rincones, bares de mala reputación; con anuncios publicitarios y ritmos de jazz, el vaho de cerveza de los bares, los vendedores, putas, charlatanes y filósofos de la vida cotidiana, con sus diversos jirones de lenguaje, desde el auténtico berlinés hasta un elevado tono bíblico. La metrópolis como novela-filme —con este acontecimiento libresco todas sus otras obras, anteriores y posteriores, quedaron bajo la sombra.

El día después del incendio del Reichstag<sup>1</sup> Alfred Döblin aceptó finalmente una advertencia, que quizás provenía indirectamente de su hijo ilegítimo Bodo Kunke, quien trabajaba en el servicio de policía; ascendió al tren, que lo debía llevar a la frontera suiza. Un escritor que huía de los nazis, la conocida historia. Pero ¿quién lo sabe con exactitud? El exilio —primero en Zúrich, luego en París, desde 1940 en los Estados Unidos— significó para Döblin el exterminio de la existencia civil. No le estaba permitido trabajar más como médico. Sus libros aparecían sólo en pequeñas tiradas en la editorial de Ámsterdam Querido. Pero para él el exilio significó al principio sobre todo resurgimiento, empresa arriesgada y nuevo comienzo. En la novela burlesca *Babylonische Wanderung oder Hochmut kommt vor dem Fall* [Excursión babilónica o Al que al cielo escupe, le cae en la cara] realmente se mofó del destino del exilio.

En París participó en la “Liga para una colonización judía”, descubrió por un corto tiempo su judaísmo —y lo olvidó otra vez—; tampoco Hitler logró volverlo sionista. Siguió siendo el espectador burlón que comenta aguda y amargamente todas las ideologías. En 1935 apareció una pequeña novela berlinesa *Pardon wird nicht gegeben* [No se concederá el perdón], después

se sumergió Döblin en atlas y obras etnográficas sobre Sudamérica: “Ahora la corriente del Amazonas. Me sumergí en su carácter, ese ser maravilloso, mar fluyente, una cosa prehistórica. Sus orillas, los animales y los hombres le pertenecían. Una cosa conducía a la otra. Leí sobre los indígenas, entré en su historia y leí cómo los blancos incursionaron aquí. ¿Adónde fui a parar? ¿De nuevo la vieja canción, festejo himnico de la naturaleza, precio de los milagros y esplendores de este mundo? ¿Por tanto otra vez un callejón sin salida?”

#### **LA TRAGEDIA DEL HIJO WOLFGANG DÖBLIN**

Sobre una escasez en productividad no podría quejarse el emigrante Döblin. Después de la trilogía *Amazonas* comenzó sus cuatro tomos sobre *November 1918*. La escritura se arrastró hasta bien entrado el exilio americano. En 1936 se nacionalizó la familia en Francia. Tras el estallido de la guerra, Döblin ingresó en el Ministerio de Información dirigido por Jean Giraudoux, escribió artículos de propaganda contra los nazis. El 10 de junio de 1940, ante el avance del ejército alemán, escapó de París con su departamento de trabajo al área no ocupada en el sur. Una odisea a través de la provincia. Más tarde escribirá un informe sobre esta fuga así como de los líos de su estancia en América y la inutilidad de su regreso a Alemania. A este libro le dio el título *Schicksalsreise* [Viaje de destino]. Perseguido por los ocupantes alemanes, sin un conocimiento exacto del paradero de su familia, Döblin tuvo una experiencia iluminadora. En la catedral gótica de la pequeña ciudad de Mende, luchó por el Dios desconocido y ajeno que colgaba crucificado en la pared.

Mientras tanto, en el pueblo de Housseras ubicado en la Cordillera de los Vosgos sucedió un acto terrible. Muy temprano en la mañana del 21 de junio de 1940, un día antes de que se firmara el armisticio, se disparó Wolfgang, el hijo de Döblin. Poco antes de la llegada

---

<sup>1</sup> Nota del traductor: Palacio de Berlín que alberga el Parlamento alemán.

**SU OBRA COMPLETA ERA DEMASIADO RICA Y POLISÉMICA —UNA TAREA GIGANTESCA FRENTE A LA QUE NINGÚN EDITOR SE SINTIÓ A LA ALTURA.**



de las tropas alemanas, el soldado francés y doctor en matemáticas, dispersado de su unidad, dio fin a su vida en un granero: por miedo o por orgullo, quién puede saberlo, a caer en manos de sus ex paisanos y terminar en el campo de concentración. Durante su larga odisea de varios años, los padres no se enteraron de ello. Hasta marzo de 1945 no recibieron noticia alguna de esta muerte.

Pero aún en América, el padre comenzó una novela cuyo centro lo ocupa un emigrante dañado que retorna a su país. *Hamlet oder Die lange Nacht nimmt ein Ende* [Hamlet o La larga noche llega a su fin] es el lamento épico sobre una familia destruida; la nostálgica fantasía del hijo Wolfgang que regresa a su país constituye el hilo conductor secreto del libro. La primera oración surte efecto como el grito de un deseo: “Lo devolvieron” —una gran magia de la esperanza de curación se despliega en esta novela cuando uno la lee sabiendo de la pérdida que sucedió a la familia.

#### **LA NOVELA DEL CENSOR CAYÓ EN LA CENSURA**

Pocas palabras le bastaron a Döblin para relatar su exilio californiano. Fue la etapa en que no recibió la más mínima atención: “En lo concerniente al resumen sobre América, durante los cinco años enteros fui un cero a la izquierda y sigo siéndolo”. Tan rápido como

fue posible, regresó a Europa en 1945. El 9 de noviembre cruzó con uniforme francés la frontera alemana. A los casi setenta años de edad se lanzó a la reconstrucción cultural. Las autoridades francesas de ocupación lo habían designado como perito para la autorización de la impresión de libros, era por tanto censor al servicio de las buenas causas, impartió conferencias, siendo vicepresidente de la Academia de Mainz estableció lazos político-culturales con colegas que estaban en la zona ocupada por los soviéticos y después en la RDA. Editó una revista, *Das goldene Tor* [La puerta de oro], que se asumía como colección de literatura alemana desaparecida y pretendía presentar la herencia clásica. Justamente a él le negaron las autoridades de ocupación la licencia para la publicación de *November 1918* [Noviembre 1918]. Y él mismo cayó a menudo en una dicotomía mental: la paradoja de presentarse como oficial de ocupación, y sin embargo hablar como alemán a los alemanes, no podía apaciguarla.

Sus intentos por conseguir en Alemania un éxito de ventas con su extensa obra del exilio fue un fracaso a todas luces. La conversión al catolicismo, por largo tiempo mantenida en secreto para no ofender a sus compañeros del exilio —ni a los socialistas ni a los judíos—, fue hecha pública a más tardar en 1946 en libros como *Der unsterbliche Mensch* [El hombre inmortal].

## **"DE QUÉ VERGONZOSA MANERA AÚN MORIRÉ, QUÉ INDIGNO SERÁ TODO DE MÍ. NO ME AYUDA QUE ESCRIBA Y ESCRIBA Y ESCRIBA. PORQUE DESPUÉS SE VOLVERÁ ALGO ESCRITO MÁS"**

Con ello había contrariado su propio plan, que se proponía sobre todo volver a publicar sus primeros libros y que se remitía a su socialismo independiente de antaño. Los diez tomos de novelas del exilio hubieran podido haberse publicado sobre este fundamento.

No resultó nada de ello. El escritor Alfred Döblin, después de la guerra, no sólo fracasó a causa de la indiferencia de sus paisanos, de su larga ausencia, de la interrupción de las tradiciones culturales, de la restauración de la Alemania occidental, sino, también, por su culpa misma. No tenía ningún plan para renovar su propia gloria, y en caso de que lo tuviera, lo contrarió él mismo. Su obra completa era demasiado rica y polisémica —una tarea gigantesca frente a la que ningún editor se sintió a la altura. La perdición de este autor: haber escrito demasiados libros demasiado buenos, de modo que ahora parecían un equipaje demasiado pesado para una renacionalización literaria.

### **"DE QUÉ VERGONZOSA MANERA IRÉ MURIENDO"**

El giro al catolicismo provocó en los amigos y críticos no sólo asombro, sino que fue visto también como una revisión de la declaración de por vida de autarquía moral y estética de Döblin. Es difícil familiarizarse con libros como *El hombre inmortal*; una obra similar permanece hasta hoy en el legado sin publicar. El católico Döblin no hubiera recibido para ésta el imprimátur eclesiástico.

En el año 1953 le acometió la misma enfermedad que a su madre: *Morbus Parkinson*, la parálisis agitante de los miembros. "El largo juego se terminó. Desde un rincón, el enemigo se irguió en mi espalda y me atacó.

Me aisló duramente del ayer, apoderándose del cuerpo, de mi materialidad en una acción de largo aliento." En abril de 1953 se mudó Döblin con su mujer nuevamente a París. Existen amargos motivos para este paso, sobre todo en las cartas a Theodor Heuss. Y sin embargo siempre regresaba a sus prolongadas estancias clínicas en Alemania. De mayo de 1955 a febrero de 1957 el enfermo dictó reflexiones "sobre la vida y la muerte, que ambas no existen". Ahí se muestra otra humildad distinta a la que se enseña hacia la mano ordenadora de un dios bíblico reinante.

Finalmente volvió a uno de sus temas preferidos: la desaparición del Yo. Con su magnífico laconismo llamó ahora al Yo "una impureza del pensamiento". Su última afirmación: que él no poseía "nada". Qué acto de tábula rasa: ya no se hablaba de las certezas de la religión, del consuelo seguro de la religión redentora. Aún dos hojas de dictado, después una interrupción en medio de la oración. En una pequeña autobiografía de finales de la Primera Guerra Mundial, el poeta se había convertido en su propio oráculo: "De qué vergonzosa manera aún moriré, qué indigno será todo de mí. No me ayuda que escriba y escriba y escriba. Porque después se volverá algo escrito más".

Alfred Döblin murió el 26 de junio de 1957. El cuaderno de bitácora de la expulsión, de las fugas, de la desesperación de la familia de Döblin no terminó con ello: diez semanas después, el 15 de septiembre, se suicidó su mujer Erna en su departamento parisino. Ambos fueron inhumados en el cementerio del pueblo de Housseras en la Cordillera de los Vosgos, al lado de su hijo Wolfgang. Los tres permanecen así en tierra de nadie. Y eso tampoco cambiará el año del aniversario ☪

